

HUMANITAS
Centro de Extensión. Abril 17 de 1997.

Lanzamos este sexto número de Humanitas en el décimo aniversario de la visita de Su Santidad Juan Pablo II a nuestra casa.

Quisiera tomar unos minutos del tiempo de ustedes para decir por qué esta revista que se nutre del magisterio del Papa y lo defiende, se llama precisamente "Humanitas", Humanidad.

El nombre le viene de que el hombre, el hombre-mujer, lo humano, es el camino de la Iglesia, y al seguir el camino de lo humano, seguimos entonces al sucesor de Pedro que recibió la misión de confirmarnos en la fe de Jesucristo.

El camino de lo humano, de lo íntegramente humano, es difícil y estrecho. En estos mismos días lo estamos viendo, y quisiera explicar por qué yo creo que la actitud asumida por esta universidad frente a la campaña para prevenir el SIDA, está justamente en el camino de la Humanidad.

Para no ser muy largo me voy a centrar en el asunto - ciertamente poco grato - del preservativo.

¿Qué pasa en el mundo con el preservativo?

Un problema práctico de su difusión es que ella tropieza en casi todos los países con una tenaz resistencia. Incluso en los Estados Unidos, Francia, Italia, etc. donde las costumbres sexuales son mucho más laxas que las nuestras, y donde la conciencia de la epidemia de SIDA es muy clara, el porcentaje de la población que lo acepta es relativamente modesto.

Y eso ¿por qué? Es difícil enterarse con certidumbre de las motivaciones de una población en materia sexual. Pero hay encuestas que son indicios y que dicen una cosa de sentido común: cuando un hombre y una mujer se acercan buscando - en forma lícita o ilícita, por el momento no me importa - la unión sexual como una dimensión del encuentro interpersonal, esa forma de enamoramiento o de verdadero amor, exige como base, como puerta, la confianza recíproca. Es repugnante amar, defendiéndose del otro. El uso del preservativo empleado por miedo al otro, es casi una forma de perversión sexual.

El problema ético del preservativo se plantea entonces, no por virtud de una exigencia heterónoma, de la opinión de filósofos envejecidos o de iglesias anquilosadas. El rechazo al preservativo se plantea como una demanda del amor recíproco, como una cuestión de Humanidad, de dignidad del hombre y la mujer.

A lo mejor se podría vencer esa repugnancia natural, por medio de una propaganda persistente, prepotente, aterradora. Al fin y al cabo también se ha

conseguido - por la propaganda - que pueblos enteros se encaminaran cantando, a la guerra y a la autodestrucción. No hay nada imposible. Eso es lo que trasuntan artículos científicos muy sesudos que vienen del mundo industrializado y que preconizan una "mayor agresividad" en las campañas de uso de preservativos. Aquí entre nosotros se ha tratado de meternos a todos en un solo saco al inventar que "todos somos población de riesgo" afirmación que no es lícita, simplemente porque no es verdad que lo seamos. ¿Es eso una manera correcta, completa, prudente, de informar? Con ello se logra tal vez asustar a quienes creen en el amor y la confianza ¿Es eso un fin deseable?

Pero ¿qué hay de la verdadera "población de riesgo"? Porque ella existe, y está formada por los sodomitas, por las personas que comercian con su sexo, por los bisexuales que llevan el contagio a sus hogares o por los sexualmente promiscuos. Son aquellos que - por las más variadas razones - se desvían del camino de lo humano, y para quienes el sexo se disocia del amor entre el hombre y la mujer. Frente a personas que practican así el vicio, probablemente la menor objeción va a ser que a todo su extravío le añadan el uso del preservativo. Hay mucho que hacer por ellas, y en todo el mundo se debieran dar personas abnegadas para brindarles ayuda, protección y consuelo. Seguramente hay mucho más que hacer. Pero un mínimo de sentido común sugiere que las medidas preventivas que valgan para éstos, serán enteramente distintas de las que han de usarse con aquellos que viven un amor más natural.

El camino de la Humanidad se puede oscurecer por informaciones equívocas o por desinformación. Para justificar estos errores se nos ha tratado como si no nos importaran los enfermos, sin pensar tal vez que con las campañas y con su repercusión se puede estar logrando que muchos jóvenes imprudentes creen que el preservativo les da tanta seguridad como la abstinencia ¿No habrá ninguno de ellos que vaya a morir? ¿No sería bueno que siquiera algún consejo emanado de alta autoridad los protegiera?

Y para nosotros, se han echado al olvido treinta años de servicio público en la televisión, a los cuales el país les debe mucho, se nos han hecho acusaciones denigrantes y en el apasionamiento, se ha echado al olvido hasta la lógica: pensemos sólo que si por ligereza hubiéramos contribuido alguna vez a un mal ejemplo, ¿se nos podría tachar de hipócritas porque nos negamos a actuar ahora incomparablemente peor?

Pero no nos gastemos en recriminaciones inútiles. Tratemos mejor de reparar los daños de una polémica que no debió ser. Es lo que le debemos a Chile.

Para ello, y retomando el hilo de mi discurso, quisiera decir exactamente dónde estamos en este camino de humanidad. A través de la reacción espontánea de la naturaleza humana, a través del simple comportamiento, de los sentimientos sanos de varones y mujeres, es Dios mismo a cuya imagen y semejanza hemos sido creados, quien nos habla. Son muchísimos los que quisieran vivir dignamente su sexualidad, no interponiendo barreras para defenderse los unos de los otros en el momento que debiera ser el de la unión; muchísimos los que

quisieran amarse en un ambiente de confianza. Sobre ellos se cierne una amenaza. Se les dice que su conducta es un peligro. Ellos piden silenciosamente que alguna voz se alce por ellos. Y ese callado clamor es el que recojo en la forma de la pregunta esencial, dirigida a los que están en poder y autoridad, una pregunta sin prepotencia ni jactancia, que se propone con absoluta sencillez: "Juzgad vosotros mismos, qué es lo lícito si obedecerles a los hombres u obedecerle a Dios".

En la agria polémica que se ha levantado, se ha hablado en defensa de la libertad de expresión, de la libertad de prensa, del derecho de propiedad, etc., y me parece bien que esos derechos se defiendan.

Pero en nombre de la humanidad, de la Humanitas, nosotros alzamos la voz en defensa de otro derecho, que es la libertad de conciencia, el derecho de seguir lo que nuestra visión del hombre nos muestra como justo. La libertad de conciencia es la primera de las libertades, anterior y superior a las libertades políticas y a las libertades económicas. No buscamos nuestro interés ni queremos ventajas. Menos aun queremos conflicto. Estamos deseosos de todo encuentro constructivo, de prestar todo servicio que no nos signifique sacrificar nuestra conciencia. Queremos olvidar todas las injurias recibidas, porque el bien de Chile es más importante que nuestros sentimientos personales. Pero en lo medular de lo que sostenemos no vamos a ceder, porque se trata de los derechos del hombre, que son los derechos de Dios.

Ese es el mejor homenaje que le podemos tributar a nuestro Santo Padre el Papa en el décimo aniversario de su visita. Si Dios permite que vuelva a este país, quisiéramos que nos encontrara firmes en la fidelidad.